

gobierno, y esperaban el restablecimiento del cesarismo verdadero como consecuencia del triunfo en la guerra. Gramont se aproximó indudablemente mucho á este partido, aunque más que la política interior del Imperio le interesaba restablecer la preponderancia de Francia en la política europea. También correspondió una gran parte de la responsabilidad á la misma nación francesa, porque además de que todo francés deseaba extender las fronteras de su país hasta el Rhin, la excitabilidad del carácter nacional contribuyó á aquella embriaguez de la opinión pública, que hizo inútiles todas las reflexiones de las pocas personas juiciosas.

Una vez los acontecimientos del 15 de julio hicieron inevitable la ruptura de hostilidades, aumentaron las manifestaciones ruidosas favorecidas por el gobierno; turbas numerosas recorrían las calles al son de la Marsellesa, que entonces volvió á permitirse; amenazaron las casas de Thiers y de otros amigos de la paz; los telegramas fueron recibidos á los gritos de: ¡A Berlín!, ¡A Berlín!, y en los teatros y salas de conciertos tenía que aparecer la bandera francesa en el escenario, saludada con canciones patrióticas. La prensa de provincias rivalizó con la de París en profecías estupendas. Era una verdadera locura.

La guerra fué declarada el 19 de julio por medio de un documento que Lesourd, el representante accidental del gobierno francés en Berlín, presentó al canciller de la confederación. Pronto comenzaron los desengaños para Francia. Se supo que el rey de Baviera había firmado en Berg la orden de movilización del ejército, y no pudo ya dudarse de que los gobiernos de Wurtemberg, Carlsruhe y Darmstad seguían á Prusia. Las esperanzas de que la Alemania del Mediodía se separaría de la del Norte para aliarse con los franceses se desvanecieron muy pronto, y lo mismo se frustraron las que se fundaban en el espíritu de los pueblos en las provincias recientemente anexionadas á Prusia. Alemania entera se colocó al lado del rey Guillermo. También en Berlín se creía que Benedetti había ofendido al rey con su impertinencia y que el soberano había tenido que despedir al diplomático francés. Este error no hizo más que aumentar el entusiasmo de los alemanes por el monarca, que en su viaje á Berlín fué saludado en todas las estaciones con grande entusiasmo, y más todavía en la capital.

Europa había seguido con simpatía las primeras gestiones de Francia, pues parecía natural que quisiera descartar la candidatura de Hohenzollern, y la prensa inglesa había calificado al principio muy duramente al príncipe de Bismarck por suponerle autor de esta «intriga;» pero desde la declaración de Gramont del 6 de julio, empezó á cambiar la opinión, y desde el día 15 aún más, gracias á las revelaciones de Bismarck acerca de los planes de Napoleón. El 25 de julio publicó el *Times* el proyecto de tratado de Benedetti, que Bismarck presentó al embajador inglés en Berlín y á otros embajadores, á fin de que se convenciesen de que estaba escrito por Benedetti, y en una circular dió cuenta de las diferentes proposiciones francesas de alianza hechas desde 1862. Gra-

mont y Benedetti procuraron borrar la impresión causada por las audacias de Bismarck, sin gran resultado, y el gabinete inglés resolvió proponer á los beligerantes un convenio por el cual Inglaterra se obligaba á rechazar con las armas á la potencia que amenazara la independencia belga. Prusia firmó el convenio el 9 de agosto, y dos días después Francia. Con esto perdió Napoleón desde el principio de la guerra la posibilidad de indemnizarse á expensas de Bélgica.

No pudo contar Francia con el apoyo de Rusia, porque conocidas eran las buenas relaciones entre el tsar y la corte de Berlín. Napoleón, y con él la opinión pública en Francia, tenían tanta mayor confianza en que no les faltaría el apoyo de Austria y de Italia, cuanto que, decidida en principio la alianza con aquellos dos soberanos amigos desde septiembre de 1869, hubo con Austria negociaciones militares por medio del archiduque Alberto y del general Lebrún, quien sometió á las autoridades austriacas, en especial al archiduque Alberto, un plan completo de campaña, que suponía la participación inmediata de Austria é Italia en la guerra. En julio se presentó á los gobiernos de Florencia y Viena un proyecto de alianza en tres artículos, fundándose en otro proyecto anterior. Italia pidió que se añadiera un cuarto artículo, que debía tenerse secreto, por el cual Francia se obligara á conseguir del Papa un *modus vivendi* con Italia. Austria apoyó la pretensión, pero encontró en París la oposición más viva; y el general Turr, que la renovó el 27 de julio, después de prolongadas conferencias con los personajes más importantes, recibió de Gramont esta contestación telegráfica: «Nos es imposible hacer cosa alguna respecto á Roma; si Italia no quiere ponerse en campaña, que se quede en su casa.» Más difícil que Italia, que estaba pronta á tomar parte en la guerra si se atendían sus deseos, se mostró Austria. El conde de Beust había juzgado muy torpe el impetuoso ardor de Gramont, y en un despacho que dirigió el 11 de julio á Metternich, protestó enérgicamente contra la pretensión de que Austria se hallara obligada, en virtud de las cartas imperiales, á seguir á Francia en una guerra provocada por la diplomacia, en cuyas negociaciones el gabinete austriaco no había tenido la menor participación. Beust no negó la posibilidad de que los intereses de Austria la obligaran más adelante á tomar parte en la guerra, pero esto no al principio, porque el ejército austriaco no se hallaba preparado; y si Francia se encontraba en situación de desplegar en pocos días sus fuerzas, no le sucedía lo mismo á Austria; por lo cual Beust aconsejó al ministro francés no mezclar á Prusia en la cuestión de sucesión y atenerse exclusivamente á España. Por lo demás, ofreció que, en cambio, procuraría apoderarse del príncipe Leopoldo en el camino si llegara á salir para España. Gramont se opuso á semejante plan, diciendo que eso sería representar una escena digna de un sainete.

Habiéndose declarado la guerra formalmente, se activaron las negociaciones de alianza con mayor ardor que antes, y Beust dijo que consideraba la neutralidad como el medio de aproximarse al objeto de su política y de concluir los

armamentos sin dar lugar á un ataque prematuro de parte de Prusia ó de Rusia; pero, de todos modos, consideró condición ineludible la evacuación de Roma. Se negó Napoleón, que pidió simplemente la vuelta al convenio de septiembre, y en una carta autógrafa que dirigió á Víctor Manuel procuró que éste garantizase por su honor y lealtad, que después de la marcha de los franceses, los italianos no atacarían á Roma. Esta pretensión fué rechazada por el rey de Italia; pero mostró tan buena voluntad para un arreglo diplomático de la cuestión, que Napoleón dió en 26 de julio orden de evacuar á Roma el 5 de agosto.

Entonces se abrieron negociaciones en las cuales intervinieron, por parte de Austria, el príncipe de Metternich y el conde de Vitzthum; por Italia, el conde de Vimercati y el caballero Nigra, representando á Francia Gramont. Se convino que las dos potencias neutrales intervendrían por de pronto diplomáticamente, y si esto no produjera resultado, declararían la guerra. Respecto de Prusia, se propusieron pedirla que se obligara á mantener el estado creado por la paz de Praga. Suponiendo que sería rechazada esta pretensión, se concertaron desde luego las primeras disposiciones militares, que según el plan de Lebrún debían consistir en una cooperación de las fuerzas aliadas en Baviera. Con este proyecto se dirigieron el conde de Vitzthum á Viena y Vimercati á Florencia para pasar luego á Viena. El 1.º de agosto volvió á hallarse Vimercati en París con un proyecto de convenio en cuatro artículos, redactado de común acuerdo por Austria é Italia, en el cual quisieron que Francia entrara. Las dos potencias neutrales se obligaban á poner sus fuerzas en situación de neutralidad armada, y á transformar esta situación á principios de septiembre, simultáneamente y previo acuerdo, en cooperación efectiva á favor de Francia. Además Austria prometía su auxilio á Italia para obtener á favor de esta potencia, en el arreglo de la cuestión de Roma, mejores condiciones que las de la convención de septiembre. Habiendo partido ya entonces Napoleón para el ejército, pasó Vimercati á Metz; pero Napoleón se negó decididamente á admitir el artículo relativo á Roma; no pudo vencer su resistencia el príncipe Napoleón, y, además, el emperador exigió que se fijara inmediatamente y para una época más próxima el cambio de la neutralidad armada en auxilio armado. Vimercati volvió, pues, el 3 de agosto á París y desde allí á Florencia sin haber conseguido nada, o cual descontentó mucho á Víctor Manuel. Pocos días más tarde, después de las derrotas de Worth y de Spicheren, el emperador quiso ceder, pero ya había pasado el momento favorable. Cuando el príncipe Napoleón llegó el 20 de agosto á Florencia para pedir el auxilio armado de Italia, ofreciendo en cambio completa libertad en Roma, los ministros contestaron que debían entenderse primero con Austria, y ésta entonces retardó adrede su contestación, de suerte que llegó la jornada de Sedán y con ella la caída del Imperio, sin que se hubiese firmado una alianza entre Francia y las dos potencias amigas, y lo que el Imperio no había podido conseguir hallándose todavía en toda su fuerza, resultó completamente imposible para la república después de tan formidables derrotas.

También resultó vana la esperanza de que cuando menos haría algo á favor de Francia la pequeña Dinamarca; pues por más que gustó en Copenhague la declaración de guerra, no se apresuró aquel gobierno á tomar resoluciones arriesgadas, y, además, trabajaron con mucho éxito los diplomáticos ingleses y rusos en contra de las pretensiones del señor de Cadore, que hizo los mayores esfuerzos para conseguir una alianza entre Francia y Dinamarca. La aparición de una escuadra francesa dió lugar á manifestaciones ardientes á favor de Francia; pero prevalecieron en Dinamarca los efectos que produjeron las primeras batallas. Para obligar á Dinamarca hubiera sido menester que Francia hubiese desembarcado un ejército en Alemania del Norte.